

28 de septiembre de 1.936

Los Gallardos llora la muerte de José María Gallardo, un idealista republicano

Los Gallardos y toda la provincia de Almería se conmovieron ante la muerte de quien era el más noble de todos los ciudadanos gallarderos.

Texto: Emilio Ruiz Ruiz

Fotografías: Colección particular de Juana Gallardo

El día no se diferenciaba mucho de cualquier otro día. Amaneció como casi siempre amanece en Los Gallardos: despejado, sin los fuertes calores del mes de agosto, pero todavía con los bochornos propios de los finales del estío, que se hacían incómodos conforme avanzaba la mañana. Un calendario de Espigas y Azucenas sobre la pared de la entrada principal del Ayuntamiento señalaba, a lápiz, el día: 28 de septiembre de 1.936. El alcalde del pueblo, Juan Gallardo Ortega, había tomado posesión hacía apenas un mes. Más veterano en el cargo era el Juez de Paz, José Flores Gallardo. España andaba revuelta: el General Franco se había sublevado, con el consentimiento de varios capitanes generales, contra el gobierno democráticamente establecido, el gobierno de la República. Almería se resistía y permanecía fiel al poder surgido de las urnas. En Los Gallardos acababa de constituirse el Frente Popular en el Ayuntamiento, formado por organizaciones obreras y partidos políticos de izquierdas. Por la Confederación Nacional del Trabajo —la C. N. T, los anarquistas— los representantes eran Andrés Piñero Rodríguez y Francisco Padilla Albacete; por la Unión General de Trabajadores, José Alarcón Molina y Francisco Haro Hernández; por la Radio Comunista —Célula de Los Gallardos—, Juan Pérez Cervantes y Francisco



José María Gallardo

Simón Pérez; por Izquierda Republicana, Juan Alonso Flores y Baltasar Ruiz Invernón, y como Presidente del Frente Popular, Francisco Haro Fernández. No obstante, estos y otros movimientos políticos apenas tenían trascendencia ante los gallarderos de a pie. Si acaso, algunos veían el afloramiento de viejas rencillas personales. Y el eco de algunos

momentos desagradables: que si el practicante, don Manuel Lurbe, había sido destituido por desafecto al régimen; que si a don Bartolomé Castaño, el médico, le habían hecho lo mismo... Más trascendencia ante la opinión pública tenía cuando algún mozo del pueblo era llamado a filas para combatir por la República.

Dos situaciones irreconciliables.

Fatídico año el de 1.936. Los años anteriores, Los Gallardos, como todos y cada uno de los pueblos almerienses, también estaba muy dividido. Las izquierdas y las derechas eran dos situaciones irreconciliables. Había rivalidad política, y también, en muchos casos, rivalidad personal enmascarada de rivalidad política. Por encima de las ideologías estaban los hombres y mujeres de buena voluntad, y en Los Gallardos no eran pocos. Tal vez por eso, incluso en plena Guerra Civil, Los Gallardos era un pueblo tranquilo en el que imperaba, salvo contadas excepciones, la vecindad y la amistad familiar antes que el encuentro político. Quienes representaban a las derechas, los que iban a ganar la guerra, eran hombres de negocio que tenían en el pueblo a toda su clientela. Muchas familias gallarderas que tenían a sus hijos en el frente, luchando junto a los que demandaban un restablecimiento del poder legalmente constituido, iban a comprar fiado a los comercios de quienes representaban los ideales de

los rebeldes. Pero no por eso, todo eran facilidades para llevarse de la tienda lo que quisieran. Una cosa era la política y otra, muy distinta, las relaciones familiares.

El ambiente era, pues, de relativa calma, pero en los adentros de cada gallardero se respiraba una sensación poco agradable. Si hubiera que enmarcar el hecho simbólico que más inquietud produjo entre la vecindad, ése fue sin duda cuando la iglesia parroquial fue desalojada de las imágenes religiosas para convertirla en sede de la Unión General de Trabajadores. La mayoría de los gallarderos no entendían qué extraña relación podía existir entre la religión y la política para crear tanta animadversión.

Un hombre sensible. Ese día, 28 de septiembre de 1.936, José María Gallardo Cervantes tenía 29 años. Era un muchacho listo, educado; amigo de unos pocos, pero respetuoso con todo el mundo. Detestaba los actos multitudinarios, incluido los de carácter familiar. Su familia, para corroborar esto, siempre decía de él que a la única boda a la que había ido en su vida fue a la de Pedro Ramos Alonso y María Gallardo Cano, por la gran amistad que unía a las familias. Había estudiado en Almería, con José Gallardo Ruiz, quien posteriormente sería secretario de la Corporación Municipal. Su padre, Cristóbal el Barbero, quería darle una carrera, pero al final todo se quedó en una buena formación. Muy sensible ideológicamente, sufría de ver a los que sufrían. Algunos amigos suyos, incluso intentaban vencerle de que el mundo había que arreglarlo entre todos, pero no él solo. Juana, su hermana, recuerda aún cómo la situación de los necesitados era un tormento para su cabeza: *No puedo dormir tranquilo, Juanica* —le decía— *mientras haya una sola persona que pase necesidad.* Sin embargo, siempre renunciaba a ser activo políticamente. Creía que la actividad política local era cosa de los de siempre, que la ejercían

no para arreglar los problemas de la sociedad, sino con fines menos nobles. Lo suyo era la concienciación a favor de los débiles, la ideología en su término más puro.

La llegada de la República era una puerta que se había abierto a la esperanza. *Por fin los débiles van a tener su premio,* pensaba. Pero veía cómo pasaba el 31, cómo pasaba el 32, cómo pasaba el 33... y que las cosas no estaban saliendo como él había imaginado. Ahora, los obreros tenían más fuerza, pero siempre pensaba que esta fuerza no



José María, primero por la derecha, y un grupo de amigos, mientras prestaban el servicio militar. Simulan una intervención quirúrgica a otro soldado.

había que utilizarla para aplastar a los enemigos políticos, sino para mejorar las condiciones sociales de los menos favorecidos. Entre las pocas intervenciones políticas que se le conocen, no son pocos los que recuerdan el día en que se presentó en la iglesia, en la sede de la U. G. T., en plena reunión del Comité Local del Frente Popular. Había tenido conocimiento de que la familia de un vecino de Los Gallardos estaba pasando dificultades económicas y na-

die le daba trabajo porque su padre era de derechas. José María no quería intervenir en nada, pero a él le llegaban las quejas. No lo dudó dos veces: bajó unos metros por la calle Cervantes desde su casa y cuando el acto político se estaba desarrollando irrumpió en el antiguo salón parroquial. Los reunidos pensaron que por fin José María había dado el paso de implicarse más políticamente, pero no fue así. Solamente fue para recordar que la República no había llegado para represaliar a los obreros, sino para hacer justicia con los más débiles. *Y ese hombre y sus hijos* —les recriminó— *no tienen la culpa de que su padre y su abuelo no piensen como vosotros.* A continuación, visiblemente alterado y emocionado, pidió que levantaran la mano quienes estuvieran disconformes con darle también jornales del paro obrero al vecino en cuestión. No se alzó ni una sola voz ni una sola mano. José María era tan respetado que nadie iba a ser capaz de cuestionar su propuesta.

La gran frustración del amigo

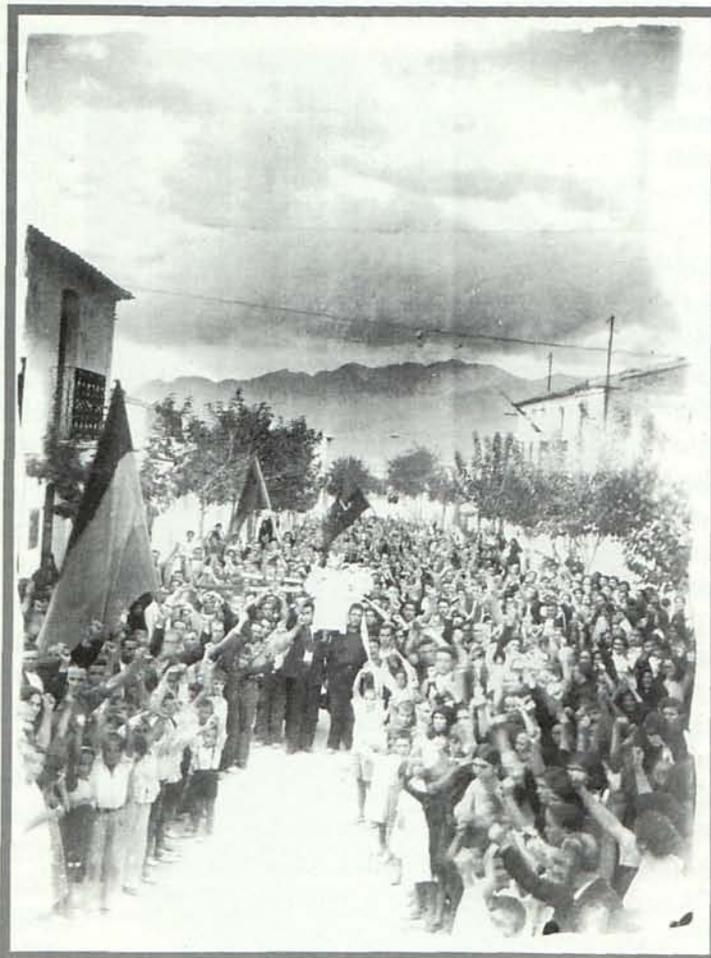
de Sorbas. Si había un hecho en la vida de José María que le produjo más frustración personal, ese hecho se produjo cuando ya llegaban los ecos del inicio de la guerra. José María hizo el servicio militar en Valencia. Entre los soldados, trabó estrecha amistad con un casi paisano de Sorbas. Más que amigos, eran como hermanos. Cuando uno de los dos cogía permiso y venía para su tierra, lo primero que hacía era pasarse por la casas de los padres del amigo a informarle de su estado. De paso, para que prepararan algo para llevarle a la vuelta. Eran amigos de esos que suelen perdurar toda la vida. Pero... ¡qué decepción, qué gran decepción! Un día, los partidos de la derecha celebran un mitin en Los Gallardos. Mira por dónde uno de los oradores en el acto era el amigo de José María. Termina el mitin, y no falta quien va en busca de José María: *Que te quiere saludar* —le dicen— *alguien que dice que*

es muy amigo tuyo. Cuando se enteró que el amigo acababa de arengar en favor de una ideología antagónica a la suya le salieron las palabras solas de la boca: *Respeto sus ideas, pero, como amigo, para mí ha dejado de serlo*. No faltó quien transmitió el mensaje al orador, quien tuvo una reacción casi instantánea: *Este es un equivocado, al final habrá que barrerlo*. Duras palabras que le llegaron a José María no sólo al oído, sino también a lo más fondo del corazón, a donde los disgustos se convierten en tragedia. Y le hundieron anímicamente. *Quien defiende la ideología de los fuertes —confesaba a sus allegados— no puede ser mi amigo, pero no por eso va a ser mi enemigo*. Pero todo el mundo no entiende las cosas así. O estás conmigo o estás contra mí, maldita contraposición que tanto daño ha hecho a la humanidad.

Conforme avanzaba la guerra, los otros estaban cada vez más fuertes. Franco ganaba nuevos adeptos. Aún no han llegado por aquí, pero las noticias dicen que ganan posiciones. Cualquiera día vienen a llevárselo al frente, para un lado o para otro. José María se plantea muchas dudas. Y nuevos temores, por qué no decirlo. Las palabras del amigo sorbeño le martillean las sienes. En el pueblo, nadie pensaba que una reacción salvaje podría tener consecuencias en la persona de quien era un pedazo de pan. Su padre, Cristóbal Gallardo Ramos, era un hombre querido en el pueblo. Su madre, María Cervantes Ramírez, una santa. Ella, su casa, sus labores y a tener siempre lista la barbería de su marido. El, además de barbero, boticario, sacamuelas... También llevaba su tierrecilla. Era una familia querida y respetada. Había que hacer de todo para alimentar a su numerosa prole. El era

el mayor de los hermanos, y el arte de la peluquería no se le daba mal del todo.

Un lañor de Bédar. Precisamente ese día, Cristóbal se encontraba en la huerta. La calle Cervantes era un remanso de paz. El matrimonio vivía en una de las casas que los Jumeras habían mandado construir para cada uno de sus hijos, al principio de la calle. Por eso era la calle de *Los Jumeras*. Hoy, Juana, quien la habita, ve en cada rincón un cúmulo de recuerdos. Precisamente



Momento de conducción del féretro por la calle Mayor. Los gallarderos, puños en alto, daban el último adiós a uno de sus vecinos más queridos.

Juana era la única de los hermanos que estaba casada. Como vivía, en la calle Mayor, cerca de la barbería, estaba más tiempo en casa de sus padres que en la suya. Ayudaba a su madre a sacar la casa adelante. Esa mañana estaban madre e hija poniendo la casa en orden. Los vecinos pasaban de largo tras los buenos días de rigor. Un lañor de Bédar anuncia a voces su oficio. Pasa por la

puerta de Cristóbal el Barbero con gana de charla. Lo propio de las conversaciones anodinas: y tú de dónde eres, y de qué familia, y dónde has hecho la mili. La casualidad quiso que coincidieran quinta y lugar de servicio con los de su hijo José María. *Juana, ve y dile al José María que baje, que hay aquí un hombre que a mejor ha hecho la mili con él*. Juana no necesitó subir las escaleras para llamarlo. La casa es de reducidas dimensiones y una voz en la entrada se oye perfectamente en todas las habitaciones. José María baja, con la cara pálida, triste, pensativo. Pero nadie iba a pensar nada malo. Él tenía la costumbre de tomarse a primera hora de la mañana un vaso de manzanilla y a media mañana un vaso de leche. Con eso aguantaba hasta mediodía. Al verlo, su madre se sintió incómoda: *Te tomaste la manzanilla esta mañana, y no he visto que te hayas tomado el vaso de leche, ¿te pasa algo, hijo mío?*. Su respuesta intentaba ser tranquilizadora: *Nada, mamá, es que no me encuentro bien, pero no es nada de importancia*. En su cuerpo se estaba cociendo ya lo que fuera. Sin más gana de conversación, subió nuevamente a su habitación. Ni siquiera quiso entrar en conversación con el lañor. María estaba preocupada por el estado de su hijo aunque nunca llegaba a pensar lo peor. Le preocupaba su estado anímico, en otra cosa no pensaba. *Está muy nervioso por algo, janda, hazle un vaso de tila!*, le dijo a su hija Juana. Cuando ésta llega a la habitación y mueve la cortina de tela, José María ve en su hermana cara de preocupación. *Os he dicho que no me pasa nada, déjame descansar*. Juana le hizo caso. No habían pasado unos segundos cuando su hermano apa-

rece detrás. *¿Y el papá?. Llamadlo, que me quiero morir en sus brazos; y llamad también al Aurelio.* Aurelio era el menor de la familia, tenía siete años y aún estaba en la escuela. Juana sale como una bala en busca de su padre. Cristóbal sube de la huerta a pasos agigantados. Su hijo está moribundo, pero consciente. Don Miguel Montero, el médico, poco puede hacer. José María pide un pequeño crucifijo que había regalado don Federico Acosta, el cura, a cada uno de los hermanos. Juana le entrega el suyo, que lo llevaba en el bolsillo, idéntico al de su hermano. *No, no, traedme el mío, por favor.* Cuando lo tuvo en la mano, se dirige en palabras de despedida a la familia: *Esta es la única verdad*, dijo mostrándoles el pequeño crucifijo.

La triste noticia de la muerte de José María conmovió a todo el pueblo. Había muerto su vecino más noble. Un idealista querido y respetado que no había sido capaz de superar el primer envite que le dio la vida. Quienes le conocían internamente saben que para él fue una

muerte querida y hasta dulce. No podía dar satisfacciones a *los otros*. Estaba convencido de que los nuevos tiempos que se avecinaban no iban a ser felices para él. Que las palabras traidoras de su amigo no iban a estar huecas de contenido, que era cuestión de horas, tal vez de días. Fue su gran error: era tan buena persona que nadie le iba a tocar nunca un dedo de su mano. Pero él creía que entre sus derechos también estaba el disponer libremente de su vida. No se iba a dar el disgusto de ver cómo otros se la quitaban. Prefería morir en paz en los brazos de quien más quería, su padre.

Los Gallardos se vistió luto. El pueblo entero era un llanto. Ya no existían ideologías: le lloraban tanto los de un lado como los de otro. *Esta historia no iba contigo, José Marí*, pensaban las buenas personas de aquí y de allá. Pero él no lo supo ver así. Todos le lloraban. El pueblo fue un clamor de afianzamiento republicano y de lealtad a la Constitución. Gentes venidas de todos los lados a despedir a alguien

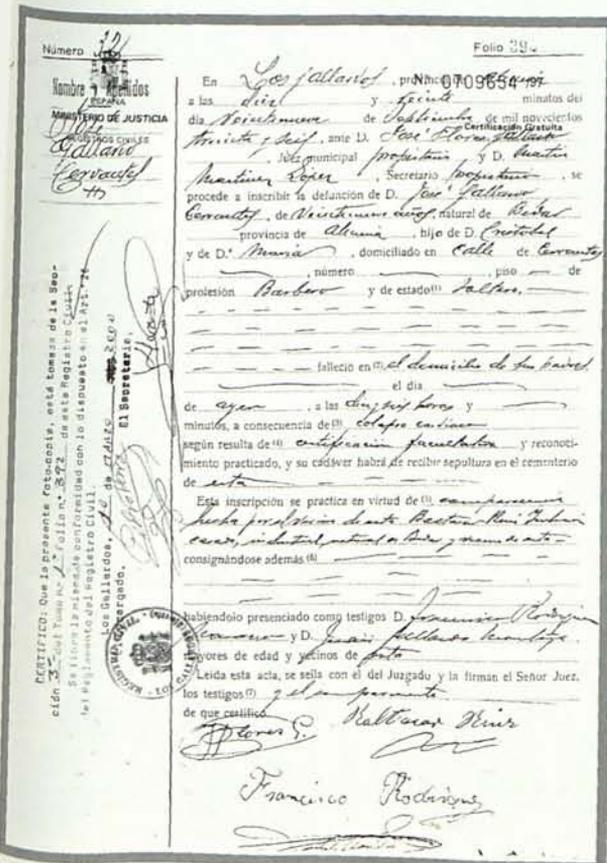
que, pese a su juventud, era guía de buenos corazones. No faltó nadie. Hasta la banda de música de Bédar, aunque no llegara a tiempo por un adelanto del sepelio, quiso unir sus notas a las del buen corazón de José María. Se multiplicaban las palabras de admiración. Don Miguel Montero, el médico, un hombre parco en palabras y enemigo de las alabanzas gratuitas, soltó de su cuello un pañuelo rojo y lo depositó como gesto de despedida sobre el féretro. Se le entrecortaban las palabras: *En el poco tiempo que te he tratado, jamás he conocido una persona más íntegra, más noble y más preocupada por las desgracias de los demás.* No se enterraba a un cobarde. Se enterraba a un gran hombre. Fue la muerte que él quiso.

Los Gallardos, en deuda con José María

La historia de la muerte de José María Gallardo Cervantes ronda por la mente de muchos gallarderos como un halo que aún hoy, sesenta y cuatro años después, conviene no mirar. Sus hermanos, sus sobrinos, son gallarderos muy queridos y podemos herir sus susceptibilidades y sus recuerdos. Gran equivocación. Yo creo que no podemos dar más satisfacción a sus familiares que haciendo un recuerdo emocionado de quien fue todo humanidad y sensibilidad. No hay orgullo más grande para una familia que haber tenido entre sus miembros una persona como José María.

Hoy, en los inicios de un nuevo siglo que viene acompañado de aires de libertad y de reconciliación, no hay acto más noble que hacer justicia con los gallarderos de buena fe. José María Gallardo reúne todas las condiciones del gallardero ideal: ilustrado, culto, noble, simpático, bueno y, sobre todo, sensible ante los atropellos sociales. Como cualquier humano, también cometió errores. El mayor error suyo fue no encarar la vida con más valentía. Una pena, porque si José María no hubiera muerto tan joven, su herencia ideológica hubiera enriquecido a muchos más gallarderos. Aún así, José María pasará a la historia como lo que fue: el fruto más agraciado de la condición humana. Un gran hombre.

Por eso creemos que Los Gallardos está en deuda con él. Han pasado los suficientes años y es el momento de hacerle un reconocimiento justo a su persona.



Inscripción de la defunción de José María en el Registro Civil.